

la cultura en Boston, con la fundación, en esta ciudad, de una gran biblioteca pública.

Estas páginas de Guillén, de una gran hermosura literaria, han sido escritas en homenaje a uno de los más ilustres hombres de la América del Norte. Manifiestan, con palabras sinceras, la admiración y la gratitud que debemos a su obra duradera. Jorge Ticknor tuvo, permanentemente, la pasión por la cultura de Europa —en ella, la de España— y la pasión también por ponerla al alcance de su pueblo.

F. Ch. L.

EDUARDO MENDOZA VARELA: *Poesía*. (“Editorial Kelly”. Bogotá, 1944).

Nada hay más complejo que el nacimiento de la poesía. Y si es difícil señalar fuentes a la creación individual, el problema se hace todavía más insoluble cuando queremos fijar los orígenes de las tendencias colectivas del arte. De este modo, precisar los rasgos típicos y las tendencias esenciales buscando sus fundamentos más remotos, de la poesía americana actual o, en forma menos ambiciosa, de la última poesía colombiana, es tarea que escapa a todo análisis ligero. La poesía es, finalmente, un cruce de influencias y temperamento. Nada de lo que hemos leído desaparece. Todo lo leído y vivido queda en nosotros en estado latente. Inconscientemente llevamos en el fondo de la memoria todo nuestro pasado, como lo enseñara Bergson. Por eso, tratar de escapar a toda influencia es deseo inútil y pueril. El arte espontáneo y personal no existe en forma pura. Pero el temperamento individual sí modela y encauza todo aporte extraño, dándole la dirección propia de ese temperamento. Tanto ello es así que, a veces, un solo poeta abre y cierra un ciclo de poesía, crea un arte especial y suscita, en torno suyo, una escuela de seguidores y de imitadores. En todas las actividades humanas hay elegidos que imponen su signo característico sobre el destino del alma colectiva. Los pueblos se rigen, así, más por impulsos individuales que por comunes aspiraciones. En todos los órdenes aparece el guía, el profeta o el iluminado.

De este modo, en un determinado momento histórico las influencias comunes de los poetas los identifican, pero los distancia su propio yo, la inabarcable órbita de su propio espíritu. Lecturas afines, influencia de las generaciones precedentes, modelación del ambiente histórico, llamamiento de determinados temas suscitados por circunstancias exteriores, todo eso que rodea —idéntico— a un grupo de poetas no logra, sin embargo, unificar sus voces, porque

todo espíritu sigue una línea única, todo sentimiento es individual y, en cierto modo, nace por primera vez bajo el sol, toda conciencia es diferente y cada sangre refleja cielos distintos.

La generación de "Piedra y Cielo" fue, en todos los aspectos, una reacción contra las tendencias literarias anteriores. Puso a vivir el alma y los sentidos, nuevamente, dentro del poema: reacción de la poesía contra la técnica. Tomó como fuentes estéticas la mejor tradición clásica española y los últimos poetas contemporáneos de la península, en oposición a la notoria influencia francesa precedente. Renovó el lenguaje poético y, si usó y abusó de determinados medios expresivos, degenerando a veces en simple malabarismo verbal, no puede negarse que fecundó las maneras metafóricas y que hizo pasar al idioma perdurables elementos de belleza formal. Poesía vital contra poesía académica, musicalidad contra sabiduría técnica, influencia española contra influencia galicada, renovación del idioma poético y, ante todo, de las imágenes, he ahí lo que significó, entre nosotros, ese combatido grupo de poetas.

Su influencia ha sido de vastas proyecciones y a ella no podían escapar quienes cronológicamente les han seguido. Los post-piedracielistas han asimilado esa influencia, con plena conciencia. Depurándola y transfigurándola. Pero, sobre todo, imponiendo cada uno su propia y auténtica personalidad. Si las influencias de generación son las mismas, como antes decía, las diferencias temperamentales distinguen los dos grupos notablemente.

Aun dentro del grupo post-piedracielista las tendencias son divergentes, pues sólo las individualidades subsisten. Toda escuela es una ficción arbitraria del intelecto. Eduardo Mendoza Varela representa, dentro del último grupo de poetas, una dirección extrema, que excluye los tópicos postulados de algunos, imponiendo otros nuevos. Lo cual se hace visible claramente al leer el hermoso volumen de su "Poesía", que acaba de entregar al público.

Toda poesía es, finalmente, reflejo de su tiempo, pero especialmente del tiempo interior. Del instante de generación. De lo que, ideal y emotivamente, se ha captado en los últimos años. En la poesía de Eduardo Mendoza Varela esta presencia del tiempo actual se hace todavía más palpable. Mental y sensitivamente, el poeta pertenece al mundo de hoy, al mundo estremecido por la guerra actual; lo cual no significa que el equívoco rostro de la guerra se asome a estos limpios poemas. La sensibilidad de Mendoza Varela está acorde con el panorama —sueño y paisaje— de hoy. Por eso no disuenan en sus versos ni el avión, ni el tranvía eléctrico —que pasa con su fusil al hombro disparando relámpagos— ni los avisos luminosos en la noche de Nueva York.

Por este aspecto, su poesía tiene, quizá, una lejana influencia de post-guerra, del tiempo en que los "ismos" se disputaban la gloria de espantar a los burgueses. Creo que en la poesía contempo-

ránea puede apreciarse una reacción contra aquellos excesos. Se ha girado hacia zonas más templadas y menos exóticas. Se ha buscado una poesía más humana y directa. Se ha intentado recrear una poesía sin prejuicios y sin propósitos determinados de antemano.

Por eso, creo que la poesía de Mendoza Varela se salva —y se salvará seguramente— sobre todo cuando deja a un lado aquellos modismos preintencionados. Cuando desnuda más su emoción y su verso se convierte en un directo vehículo de sensaciones elementales. Entonces el poeta adquiere otra dimensión. Un análisis sobre todos y cada uno de sus poemas podría confirmar lo dicho. Especialmente, el “Mensaje a mi padre” presenta los caracteres de una poesía vital, moderna, honda y sin artificios. Es este, sin duda, su mejor poema y, sin duda también, uno de los más hermosos de la poesía colombiana actual. La novedad de sus imágenes y la libre forma expresiva son comparables sólo desde el plano estético, con la pureza de la emoción y la sutileza de su meditativo discurrir.

También debe señalarse en este poema la verdad personal que contiene, vale decir, la ausencia de manos extrañas sobre sus líneas; porque —no podría lealmente dejar de decirlo— la mayoría de los poemas seleccionados por Mendoza Varela tiene influencias —¡y qué influencias!— demasiado tangibles de Salinas, de Guillén, de Dámaso Alonso, de Rafael Alberti, hasta el punto de que, cruzado de acentos ajenos, su libro ha perdido en asimilación literaria lo que hubiera debido ganar en unidad propia.

Andrés HOLGUIN

ANDRES HOLGUIN: *Poemas*. Colección Cántico. (“Editorial Santafé”. Bogotá, 1944).

Cualquiera que sea el criterio literario que se utilice para juzgar a los poetas conocidos bajo la denominación de “Piedra y Cielo”, será siempre necesario reconocer que el aporte de ellos a la poesía colombiana es de un alto valor lírico y de una segura categoría estética. La maravillosa técnica por ellos empleada es un reflejo conscientemente depurado de los procedimientos que sustentan la mejor tradición poética española. La pulcra sutileza de la imagen, la audaz pero responsable arquitectura verbal, la sorpresiva y sorprendente estrategia ensimismadora, el sostenido equilibrio de la sugerencia actuando en un plano de reflexiva resonancia, el caudaloso estremecimiento de todas las reacciones que sacuden al sér, el continuo asombrarse ante los fenómenos circundantes o apenas intuídos, son